



EL SALUDADOR

I.

No podemos negar que la ciencia consagrada á combatir las dolencias que afligen al género humano, hace prodigios; porque, sea como quiera, de un siglo á esta parte se han multiplicado los medios de contener esa propensión antigua del hombre á las enfermedades y á la muerte.

Sí; es indudable que se han arrancado á la naturaleza sus más ocultos secretos, que hemos invadido el laboratorio donde prepara las substancias privilegiadas, apoderándonos de la misteriosa virtud de los específicos. La química ha llevado sus indagadores análisis á las más recónditas combinaciones de los cuerpos, y componiendo y descomponiendo, ha adquirido tal re-

pertorio de medicamentos, que la suma total de ellos excede en gran cantidad al número de enfermedades que cabe en nuestra frágil naturaleza.

En medio de este cúmulo de medicinas, se advierte cierto movimiento hacia la simplicidad de los recursos médicos, y he aquí un sabio que condensa en el alcanfor la substancia, digámoslo así, de todas las virtudes medicinales conocidas en el recetario de la naturaleza; otros, no menos sabios, fundan el sistema hidropático, en razón á que han encontrado en el agua el secreto maravilloso de la salud perpetua.

¿Por qué la simple combinación de los elementos químicos que forman el alcanfor ó que componen el agua, ha de obtener el privilegio exclusivo de curar todas las dolencias? No es justo; y en nombre de la justicia, que proscribe los monopolios, unos por aquí, otros por allí, escudriñan los rincones del mundo físico, buscando en las singularidades de la materia, ya en líquido, ya en polvo, ya en pasta, el medicamento exclusivo, único, que asegure la completa salud del hombre sobre la tierra.

Y entretanto la homeopatía, anunciada ya en las fábulas mitológicas por la lanza de Aquiles, que poseía el don de curar las mismas heridas que causaba, ilumina los horizontes de la ciencia médica, con la luz de un sistema cuyo prin-

cipio fundamental, traducido al lenguaje común que todos hablamos, está reducido á estos términos: un clavo saca otro clavo.

Aquí no se trata ya solamente de la virtud de las substancias, sino de la eficacia de las cantidades: un grano de polvo del medicamento diluido en medio vaso de agua, contiene el remedio de las más tercas enfermedades. Es el poder medicinal del átomo penetrando en los secretos de la dolencia y destruyendo sus alevosos planes. Ante semejante prodigio, atestiguado por numerosos éxitos, el enfermo se encuentra dispensado por un favor especialísimo de la molestia de medicarse, porque, mírese bien el caso, y se verá que la aplicación de esas cantidades, digámoslo así, abstractas, constituye el método más ideal de la ciencia, y viene á ser lo que me atrevo á llamar la ilusión del medicamento.

El punto matemático, permítaseme explicar-me de este modo, es completamente imaginario; pero el punto engendra la línea, que es también ilusoria, y la línea engendra á su vez las figuras geométricas; á ella le debemos el círculo, el cuadrado y el triángulo; suprimid ese punto que no existe, y adiós geometría, y aun puedo añadir adiós universo, porque le faltaría á la tierra el eje sobre que gira, los cuerpos celestes no tendrían con qué trazar el curso de sus órbitas, y la astronomía, que sondea los

cielos y espía el movimiento de los planetas, se encontraría de la noche á la mañana sin la red de círculos en que tiene cogido al espacio.

Pues bien : lo que el punto matemático es en la geometría, el glóbulo homeopático lo es en la medicina. Suprimid ese soplo de medicamento, esa idea de arsénico, de quina, de acónito, y adiós curaciones maravillosas, convalecencias estupendas, adiós salud del género humano.

Es, pues, evidente que se multiplican á nuestro alrededor las substancias medicinales, los métodos y los sistemas. Se puede asegurar que llevamos la salud en el bolsillo.

Por lo que hace á la contingencia de romperse una pierna ó quebrarse un brazo á que con tanta frecuencia nos vemos expuestos, la perfección de los instrumentos y la destreza de los profesores nos restituyen bien pronto en el pleno ejercicio de los miembros que consideramos perdidos.

Se dirá que son dolorosas las operaciones. Y bien: ¿para qué hemos inventado el cloroformo? Ante semejante consuelo no hay dolor posible. Basta respirarlo un momento para reírse de la misma muerte. Llega, penetra en el arcano de la vida, recoge con mano invisible toda la sensibilidad que encuentra al paso, y la guarda, no se sabe dónde, pero la guarda, mientras dura la operación; el dolor se embota, y todo pasa como un sueño. El enfermo despierta y

mira á las personas que le rodean, y como si viniera de la calle, pregunta á los circunstantes por el éxito de la cura. ¿Ha sido en su carne, ha sido en sus huesos donde ha penetrado el filo de los instrumentos? ¿Sí? Pues lo ignora.

¿Y qué puede suceder? ¿Que sea preciso separarse para siempre de un brazo que nos abandona, ó enviar á la sepultura una pierna que se muere? Nada importa; la ortopedia hace maravillas de hierro, de cuero y de goma. Construye manos que escriben y pies que andan; manos y pies sin nervios, sin sangre, sin músculos; es decir, manos que no duelen y pies que no se cansan.

¡Oh! ¡Con cuánto abandono podemos entregarnos á las contingencias de la vida, porque, sean las que quieran, no nos ha de faltar un medicamento que nos sane ó un aparato que nos complete!

Es verdad que la muerte no se para ante el poder de tantos adelantos, y, como siempre, sigue eligiendo sus víctimas, como si tal cosa; pero entretanto no hay dolencia que no encuentre al paso diversas medicinas, todas dispuestas á combatirla, y métodos y sistemas distintos que se disputan el honor de salvar al enfermo; y ello es que, sea como quiera, vamos viviendo.

Yo empiezo á persuadirme de que ya no hay enfermedades mortales; quiero decir, que no hay

enfermedad contra la que no se halle remedio eficaz, casi infalible, en las vastas combinaciones de la farmacopea moderna. Los enfermos no dejan por eso de morir como se morían antes, como siempre han muerto; pero hay que contar con el descuido, con el abandono, con una complicación sobrevenida en el momento crítico, con haberse equivocado la enfermedad ó la medicina, la intensidad del mal ó la cantidad del medicamento; con la irregularidad de los síntomas; en fin, con que el remedio puede llegar tarde.

Cualquiera de estos accidentes destruye la eficacia de los remedios heroicos; mas semejantes contingencias no les quitan el valor de la virtud medicinal que contienen. Es al mismo tiempo el triunfo de la ciencia y el triunfo de la muerte.

Hay, sin embargo, un trastorno en el organismo animal, acerca del que no tengo noticia de que la ciencia haya encontrado específico que lo paralice, bálsamo que lo calme, ni tratamiento que lo mitigue.

Es una enfermedad que nos acomete y nos hiere al volver una esquina, al cruzar una calle, al salir de nuestra casa ó al entrar en ella; en nuestro aposento, dormidos ó despiertos, en el invierno que en el verano, bajo todos los climas y en todas las latitudes.

Es una enfermedad viva, muda, centelleante, que se lanza, muerde y huye, que infiltra en la sangre, en los músculos y en los huesos el veneno mortal que la anima, y desaparece. Apenas deja un ligero rastro de su paso; la huella con que señala á la víctima se extingue pronto; ninguna señal la determina; ningún síntoma la denuncia. ¡Bah! Todo ello no ha sido nada. Pasa un mes, dos meses, seis meses, y la enfermedad, traidoramente oculta en los escondrijos de la vida, permanece muda, inmóvil, muerta. Mas llega un día en que ya nadie se acuerda de ella, y entonces, cuando no se espera, cuando no se teme, estalla como un incendio, como una borrasca, y ya no hay remedio.

La ciencia la llama *hidrofobia*; el vulgo, *rabia*.

Fuera del cauterio en el momento de la invasión, del cauterio inmediato, pronto, ejecutivo como el rayo, la sabiduría de los hombres no conoce ni medicina que la destruya, ni preservativo que la impida.

No es frecuente, pero es terrible, y hay ocasiones en que se propaga como una epidemia.

¿Y qué importa? Hay un ser fantástico que posee la facultad extraordinaria de encadenarla á su voluntad: este ser maravilloso es el *Saludador*; el don de que dispone es irresistible y la fuerza de su poder incontrastable; es un prodigio.

II.

El mundo culto, que no deja por eso de ser más ó menos frívolo, está enterado de los prodigios que obró en el último siglo el personaje fantástico de *Cagliostro*, que Alejandro Dumas nos cuenta en las *Memorias de un Médico*. El mundo sabio conoce los diabólicos experimentos de *Mesmer*, las visiones de *Du-Potet* y los muebles golpeantes de *Fox*. Piensen lo que quieran de estas maravillas, ello es que la *cubeta* del primero, el *espejo* del segundo, las *mesas* del tercero y los fenómenos inexplicables del árbol de *Puységur*, aparecen ante sus ojos envueltos en un velo que la ciencia humana no acierta á descorrer. Por lo que hace al vulgo de las ciudades, sabe que hay mesas que hablan, plumas que escriben solas, y muy alejado debe estar de las corrientes de la vida moderna el que no haya oído hablar de *Home*, y no tenga conocimiento de algún *medium* más ó menos portentoso, por cuyo conducto se comunique el mundo visible con el mundo invisible, los vivos con los muertos, los hombres con los espíritus.

La magia del *espiritismo* no es ciertamente una novedad ni entre la gente culta, ni entre la gente

sabia, ni entre el vulgo que llena las grandes poblaciones. Superstición abominable sin duda, que hace sonreír á ciertos entendimientos ilustrados, que ha llenado de confusiones á la ciencia de la razón independiente, y que, extendiéndose más de lo que se cree y de lo que se advierte, tiene turbada la conciencia del vulgo.

Cagliostro, Mesmer, Fox, Du-Potet....: he ahí cuatro seres extraordinarios que han adquirido, no se sabe cómo, el don de trastornar el orden de la naturaleza. Mas no es en esas altas regiones de la nebulosa sabiduría en que respira la nigromancia contemporánea, donde voy á buscar los pasmosos sortilegios de los *Saludadores*.

Hay que huir de las ciudades, donde los sucesores de *Cagliostro*, de *Mesmer*, de *Fox* y de *Home* ejercen sus prestigios, celebran sus conciliábulos y extienden la red de sus evocaciones. El *Saludador* habita en las campiñas, vive al pie de las montañas, en los valles ó en los bosques; su casa es una choza. No lleva en la mano la varilla mágica de los conjuros, sino un soberbio garrote, arrancado de una encina ó de un almendro.

Su vestido no anuncia el poder maravilloso de que dispone; viste como cualquiera de los mortales que habitan en su comarca; sus palabras no son sibilíticas, ni tiene su voz el acento sepulcral de los oráculos.

Su aspecto es rudo, sus manos toscas, su sonrisa es sencilla y sus miradas son indiferentes. No busquéis entre sus cejas la línea profunda de las hondas reflexiones, ni esperéis sorprender en su frente las huellas de los pensamientos extraordinarios. Carece de todo rasgo que descubra en él la intuición sibilítica del adivino ni la presciencia diabólica del mago.

Es un hombre, simplemente un hombre, como se crían en los campos sobre la dureza de la tierra y bajo las inclemencias del cielo, tostado por el sol, curtido por el aire, endurecido á la vez por la naturaleza y por el trabajo.

¿Qué sabe? Nada. Abrir en la tierra el surco que ha de fecundar la simiente; guiar un rebaño por las laderas del monte; sentir el día antes que amanezca, la lluvia antes que el cielo se nuble y la tempestad antes que estalle. He ahí toda su ciencia. Jamás el don de los prodigios se ha ocultado más tenazmente á la admiración de los hombres; porque nada hay en este ser, ignorado por la fama, que lo anuncie ó lo descubra.

Pues bien: este ser que todo lo ignora, que nada pretende, que no distingue más tierra que la tierra que le rodea, ni más cielo que el cielo que lo alumbra; este ser cuyo nombre no traspasa los límites de la comarca en que vive, ignorado en el mundo culto, desconocido de los sabios, y risible á los ojos del vulgo que hor-

miguea en las grandes ciudades, es un *Cagliostro* sin potencia magnética, un *Mesmer* sin cubeta diabólica, un *Du-Potet* sin espejo mágico, un *Fox* sin mesas danzantes, un *Home* sin *medium*.

Aquí la maravilla se nos presenta en una desnudez verdaderamente infantil; ningún aparato teatral la decora, ningún prestigio científico la ennoblece, ningún conjuro sombrío esparce á su alrededor el misterio pavoroso de las cosas sobrenaturales.

El semblante del mago no hace gestos evocadores, ni frunce las cejas, ni arruga la frente, ni tuerce la boca; sus labios no tiemblan, ni sus ojos llamean. Sus manos no trazan en el aire figuras cabalísticas que rompan la resistencia del prodigio y hagan brillar la luz del portentoso.

Su lengua no tiene palabras misteriosas para los oídos invisibles del numen que ha de producir el sortilegio, porque sin duda, familiarizado con él hasta la intimidad más estrecha, se considera dispensado de toda ceremonia.

Su sola presencia basta; parece que el espíritu que se asocia á sus encantos no lo abandona nunca: está donde está él, y va donde él va. Semejante al relámpago, le basta aparecer para iluminar las nubes.

Y no le preguntéis, porque se encogerá de hombros: el secreto de su poder es para él mismo un arcano impenetrable. Ignora en qué con-

siste la fuerza que posee, y no sabe por qué puede disponer de ella. No lo sabe, ni pretende saberlo.

—¿Para qué? Se contenta con el fenómeno que él mismo produce, y no se mete en más honduras.

—¿Cómo se llama ese don extraordinario?—
me preguntaréis.

—Casi no tiene nombre, —os contestaré.

—¿Es magia?

—No.

—¿Nigromancia?

—Tampoco.

—¿Magnetismo?

—¡Ca!

—¿Espiritismo?

—Menos.

En realidad, todos esos nombres encierran una misma abominación.

El poder del *Saludador* no presenta apariencia alguna de ser un poder diabólico.

Entre las gentes sencillas con quienes vive en continua comunicación, no causa espanto su presencia, ni terror sus miradas, ni pavor sus palabras.

—¿Quién es ese hombre?—les preguntaréis.
Y os contestarán sencillamente:

—¡Bah! Ese es el *Saludador*.

—¡*Saludador!* (replicaréis.) Bueno; pero ¿qué quiere decir *Saludador*?

Vuestra ignorancia les causará asombro, y exclamarán al punto:

—¡Toma! *Saludador* quiere decir... que tiene gracia.

La gracia de este hombre es verdaderamente extraordinaria. Mesmer hacía retorcerse á sus enfermos en deliciosas contorsiones encadenados alrededor de la *cubeta*. Du-Potet hacía ver en su espejo mágico diabólicas visiones. Fox hacía danzar los muebles al capricho de su voluntad, y Home ha hecho que los espíritus hablen por el lápiz del *medium*. El éxtasis magnético hace ver al somnábulo á largas distancias, al través de cuerpos opacos. Esta nigromancia medio científica, medio mística, medio terrible y burlesca á la vez, ha realizado las más espantosas diabluras. Pues bien: el *Saludador* hace más todavía. Imaginaos que detiene el rayo en medio de las nubes y el trueno en medio de los aires, que suspende el torrente que se precipita, y apaga el incendio que ruge, con sola su presencia.

Eso hace, porque eso es lo mismo que detener el furor convulsivo de un animal ó de un hombre herido por el puñal de la hidrofobia. Hace más: desvanece el veneno de la rabia, si el enfermo acude á él antes que estallen los horrores de la enfermedad.

Tal es el *Saludador*; tal es su gracia.

III.

Todavía conserva la sierra de España, en la provincia de Murcia, algunos pinares que las devastaciones por que vamos pasando, han tenido el capricho de respetar hasta ahora, y se encuentran en ella anchas fajas de monte, donde se alberga alguna caza, si no abundante, á lo menos la necesaria para pasar algunos días entre aquellas breñas, so pretexto de los conejos, de las liebres ó de las perdices, cuyo único delito consiste en lo sabroso de sus carnes: crimen imperdonable á los ojos de los hombres.

Hace pocos años formé parte de una partida de caza, y calzado con polainas de cuero, pendiente del hombro el morral indispensable y á la mano la escopeta de dos cañones, no sé de qué sistema, tomé con mis compañeros el camino de la sierra, con el aire triunfante del que va á tiro hecho, ni más ni menos que iría Alejandro á la conquista del Asia y Napoleón á Egipto.

Nosotros íbamos contra las perdices, decididos á no dejar una con vida. Estaban ya elegidos por ojos experimentados los sitios donde debían hacerse *los puestos*, porque era la ocasión oportuna de la traidora caza del reclamo. Con-

tábamos las víctimas como si las tuviéramos ya en la mano, y cada cual se apropiaba un número considerable de pájaros muertos. Si en vez de perdices hubiesen sido bueyes, podría yo decir aquí que íbamos dispuestos á una verdadera hecatombe.

Ya se ve: la precisión de las armas, la seguridad de la puntería, la emboscada del *puesto* y la traición del reclamo, nos aseguraban un éxito superior á nuestras esperanzas; no había más que esconderse y esperar; la víctima, atraída por el canto traidor, vendría á colocarse en la boca de la escopeta, y entonces todo quedaba reducido á doblar el dedo, y los perdigones se encargarían de acabar con las perdices. ¡Oh, qué gloria!

Muy bien; pero es el caso que estos escarbadores de medias rojas y tocas negras suelen tener también su Providencia, y he aquí que nos hizo un tiempo horroroso: nevó y llovió; hubo truenos que se entretenían en rodar por los derrumbaderos de la sierra, y relámpagos que iban y venían, divirtiéndose en tejer sobre las nubes una red de fuego. Era una locura pretender sacar las narices más allá de las cuatro paredes del cortijo; en una palabra: se nos aguló la fiesta.

Mis compañeros se daban á todos los diablos, desesperados de aquella barbaridad del tiempo, y pasaban el día buscando en el horizonte un

rayo de esperanza, y la noche durmiendo como unos descosidos, confiando en que á la mañana siguiente sería otro día; y así era, pero otro día encapotado, ceñudo, lo mismo que los anteriores.

Yo, por mi parte, miraba las cosas con más filosofía, y me resignaba buenamente á dejar vivas todas las perdices que antes me había adjudicado muertas. No me irritaba aquel furor de matar perdices de que se hallaban poseídos mis compañeros, sobre todo cuando las oían cantar á lo lejos entre la espesura del monte y bajo la sombra del nublado.

¡Pobres pájaros! Parecía que celebraban su fortuna, y yo me unía también á sus cantos, burlándome de la desesperación de mis compañeros. Esto no quiere decir que no me gusten las perdices; al contrario, las prefiero al faisán, y, una vez muertas, las como indistintamente escabechadas ó en *salmy*: me da lo mismo.

Mientras mis compañeros dormían, yo pasaba las primeras horas de la noche junto al hogar. Allí, alrededor del fuego, se reunían algunas gentes de los cortijos vecinos, que hablaban de muchas cosas, mejor dicho, de todo menos de lo que se habla en los cafés, en los casinos, en los clubs y en los Parlamentos, que es donde más se charla. Me parecía que me encontraba en otro mundo, ó á lo menos en otro pueblo, y respiraba á mis anchas. Me creía muy lejos de

la España en que actualmente vivimos, y la miraba con dolor y con lástima desde el ahumado rincón de aquella cocina.

He aquí ahora lo que oí contar una noche debajo de la campana de la chimenea, al amor de la lumbre, mientras el viento silbaba y la lluvia caía.

Tratándose de mozas garridas, la hija del tío Blas, el de la Casa-honda, era la que rayaba más alto. Aunque á regañadientes, las otras mozas de aquellos contornos tenían que confesarlo: eso sí, cada una la ponía su pero; mas ella resultaba siempre fresca y apetitosa como una manzana. Su cara de risa daba á entender que estaba muy en el secreto de su hermosura, y cierto entornar de los ojos, que eran negros como la noche, daban á entender que ella no se peinaba para cualquiera. Por lo demás, su talle se cimbreaba como una palma, y había en su aire algo de contoneo, algo que quería decir: «Aquí no hay quien me tosa».

Fuera de esto, bien disculpable á los diez y nueve años, no tenía desperdicio; nunca ponía en boca los defectos de las otras; se contentaba con ser ella la primera, y no se metía en averiguar cuál era la última. En cuanto á hacendosa, se las apostaba con la más pintada; y limpia, ¡quite V. allá!: se podían comer sopas en sus manos, porque era más limpia que los

chorros del agua. Pues cantar...., cantaba como una calandria, y bailando, no había ojos para verla.

Y no paraba aquí la cosa, porque de lo alto de un cerro bajaba dando tumbos un arroyo, dejándose caer, como quien no quiere la cosa, en las mismas barbas de la Casa-honda, y allí el tío Blas, que las cogía al vuelo, tira de aquí y tira de allí, hizo un molino, que, aunque no tenía más que una piedra, en buenas manos estaba el pandero.

Dígase ahora si los mozos de la comarca no beberían los vientos por la maquila de la molinera; pero daban en piedra, porque ella no entregaba la carta, y uno hoy, y otro mañana, todos salían con las manos en la cabeza. ¡Toma! Como que plantaba cada calabaza que cantaba el credo.

El tío Blas se reía que se las pelaba, viendo á los mozos como almas en pena, y siempre que les echaba la vista encima, les decía:

—¡Ea, muchachos; á ella!

Pero á la tía Martina se la llevaba Barrabás con las cosas de su marido, y le reconvenía, diciéndole:

—Blas, no te metas tú en eso.

—Así quiere (refunfuñaba el tío Blas). La piedra que no se pica, no muele.

—Eso es harina de otro costal (le replicaba la

mujer). Deja que la nieve se haga agua, y andará el molino; que no nos corren moros, ni la muchacha está de más en la casa.

Entre los mozos que más asediaban á la hija del molinero, uno se mostraba más empeñado que los demás en salirse con la suya.

Encontróla una tarde bajo el emparrado del molino, y acercándose á ella, le dijo:

—Lucía, ¿se pueden comer esas uvas?

—No, Cristóbal, —le contestó ella.

—¿Por qué?

—Porque están muy verdes.

Cristóbal empezó á escarbar la tierra con el extremo de su garrote; luego se apoyó en él con las dos manos, y mirando á la molinera con cara de pocos amigos, se alejó, diciéndola:

—Adiós, Lucía.

—Adiós, Cristóbal, — le contestó la hija del molinero.

De un salto se puso en la orilla opuesta del cauce por donde huía el agua del molino, y se fué, descendiendo por las sinuosidades del barranco. Lucía lo siguió con los ojos sin saber por qué, y le vió disminuirse poco á poco, como si poco á poco se lo fuese tragando la tierra, hasta que al fin le perdió de vista. Levantó los ojos distraídos, y, de pronto, iluminado por los rayos del sol que se ponía, lo vió aparecer sobre el vago perfil de la colina, como una som-

bra gigantesca que iba creciendo hasta confundirse con las nubes del horizonte, y cuyos brazos inmensos se tendían hacia ella terribles y amenazadores, que se levantaban como si quisieran confundirla.

Esta visión fantástica duró un momento, porque una nube apagó los últimos rayos del sol, y el paisaje se desvaneció en la obscuridad de la noche, que se venía encima.

Lucía se entró en su casa cabizbaja y pensativa.

IV.

A Lucía no le pasaba Cristóbal de los dientes adentro; la pesadez con que la perseguía se le había puesto por montera. ¡Qué posma! ¡Siempre lo mismo! Vamos, era un hombre que lo tenía montado en las narices. ¿No le había dicho mil veces que no? Pues entonces, ¿á qué tanto dale que dale? Los otros pobres al fin echaron sus cuentas, y dieron en buscarse la vida por otra parte, repartiéndose las mozas de la comarca como pan bendito, que, quieras que no quieras, los recibieron con los brazos abiertos.

Pero Cristóbal, sí, ni por esas; no dejaba la ida por la venida, siempre la sogá tras del cal-

dero; era la sombra de la molinera. ¿Y para qué? Para nada; porque lo que es á ella, se le representaba el demonio cuantas veces lo veía, y si no se daba por entendida, ello es que la procesión iba por dentro.

Lo mismo era ver á Cristóbal, que se le caían los palos del sombrero y el mundo se le venía encima, porque el mozo ponía una cara que daba miedo, y miraba con unos ojos que ni los de un basilisco, y á Lucía se le helaba la risa en los labios y se le hacía la masa vinagre. La presencia de Cristóbal apagaba la alegría de la molinera, lo mismo que el agua apaga el fuego y la noche apaga al día.

¿Era algún monstruo? ¿Era tuerto ó manco, cojo ó jorobado? Ni pensarlo; pasaba por un guapo mozo, y la menos puesta en casarse se daría con un canto en el pecho por llevarlo á la iglesia. Entonces, ¿por qué Lucía le daba con la puerta en las narices? Pues.... porque decía que no le entraba por el ojo derecho, y vaya V. á quitarle á una mujer de la cabeza lo que una vez se le pone en el moño.

Las lenguas andaban sueltas y las palabras se enredaban como cerezas, siendo los desdenes de la molinera el platillo de las conversaciones, en las que cada uno soltaba su chilindrina.

—Sí; ahora no le peta ninguno, y luego tendrá que cargar con lo que quede.

—No; es que va para la Iglesia.

—Tampoco; la cosa es que espera la venida de los Reyes Magos, para quedarse con uno.

Así se explicaban ellos; ellas se daban de ojo para clavar los dientes en Cristóbal, y lo ponían de ropa de Pascua.

—¡Mire V. qué alma de cántaro!

—¡Vamos! Tiene la cabeza más dura que un novillo.

—Pues, ¡como si no hubiese en el mundo más mujer que Lucía!

Ello es que se hacían cruces, sin saber á qué santo colgarle el milagro. ¿Estaba Lucía de non en el mundo? ¿Qué mujer á los diez y nueve años no ha encontrado ya alguna media naranja?

Había un mozo que vivía lejos, en lo alto de la sierra, en medio de los pinares del monte, gran cazador, que se pasaba los días siguiendo el rastro de los lobos que acechan los descuidos de los pastores y arrebatan las reses de los rebaños; no se hallaba perro que lo siguiera ni lobo que lo esperara; trepaba mejor que una cabra, y metía una bala por el ojo de una aguja. Con el ala del sombrero echada sobre la frente, con sus polainas de vaqueta, apoyado en el cañón de la carabina, su compañera inseparable, bien pudiera guñarle el ojo á la más arisca, sin que ella saliera por los cerros de Úbeda. Pero gastaba pocas palabras, no pensaba más que en los

acechos, las trampas y los lazos, y rara vez bajaba á la cortijada de la Casa-honda. Se llamaba Salvador el de la Casa-alta.

Bajaba alguna vez á llevar trigo al molino, trigo que la piedra convertía en harina en menos que se dice, y hecho esto se volvía á sus pinares por el mismo camino que había traído. En la comarca todo el mundo lo conocía por su escopeta y por su padre: su padre era *Salvador* que hacía maravillas.

Al hijo no le gustaba gastar la pólvora en salvas, y nunca le había dicho á Lucía buenos ojos tienes. Se creía que ni siquiera había reparado en ella. Mas á ella le hacía muchas cosquillas que aquel mozo como un roble, más derecho que un pino, estuviera ciego para verla y mudo para hablarla. No se le cocía el pan, y siempre que el cazador bajaba á la Casa-honda, la lengua de la molinera parecía una tarabilla y su cuerpo daba más vueltas que la piedra del molino. Al fin el cazador, espanto de los lobos, tuvo que caer en la cuenta de que Lucía no era carga de paja, y como el hombre tenía también su alma en su almarío, se le fué el santo al cielo, se le encandilaron los ojos, y ardió Troya, porque para estos casos tenía ella en la cara dos soles que hablaban solos.

Esto no lo entendía la tierra; el cazador bajaba de vez en cuando con su costal de trigo; el

agua corría, la piedra rodaba, y á medias palabras y á medias miradas, se iban entendiendo, metiéndose cada vez más en harina, sin que nadie pudiera decir que había moros en la costa.

¿Cómo sospechar que el hijo del *Salvador* era el ojo derecho de la molinera? ¡Bah! Ni al demonio le hubiera ocurrido semejante cosa: pero donde menos se piensa salta la liebre, y mientras la gente de la cortijada dormía á pierna suelta, sólo Dios sabe lo que pasaba por los alrededores del molino en las noches sin luna, cuando la obscuridad se extiende por la tierra como una mortaja. Entonces solía vagar por los contornos del molino un fantasma más negro que la noche, que se escurría por las paredes sin poner los pies en el suelo; y unas veces parecía que se lo tragaba la tierra, y otras veces que se perdía en el aire.

Un oído, abierto de par en par, habría distinguido entre el murmullo del agua que caía en el cubo, cierto cuchicheo, ni más ni menos que si el aire estuviera de conversación con los álamos que daban sombra á la casa.

Una noche abrió Lucía la ventana de su cuarto que daba á espaldas del molino. Al pronto se quedó á oscuras, como si le hubieran puesto una venda en los ojos; después se le fué aclarando la vista, y entre si quiero ó no quiero, vió blanquear la pared, detrás de la que zumba-

ba la piedra lo mismo que un terremoto. Luego vió más; vió el fantasma, que se fué acercando hasta llegar á la ventana, y, en vez de huir, se quedó. El fantasma, con voz de muerto, murmuró:

— ¡Lucía!

Ella contestó:

— ¡Qué!

— ¿Me esperabas? —le preguntó la sombra.

— Sí (dijo Lucía): pero vete.

— ¿Ya?

— Ya.

— ¿Qué tienes?

— Miedo.

— ¿Por qué?

— Por ti.

La sombra se desprendió de la ventana, y el aire se la fué llevando poco á poco, lo mismo que se lleva el humo.

Á los pocos instantes vió Lucía aparecer otro fantasma que se deslizaba á lo largo de la pared del molino, y tuvo que llevarse las manos á la boca y apretarse los labios para no dar un grito. El corazón se le salía del pecho y le temblaban las piernas como si fueran de azogue. Pasó el fantasma á tres pasos de la ventana, siguiendo las huellas del otro fantasma. Se deslizaba encorvado; no se le distinguía figura humana: ya parecía que se arrastraba como una culebra, ya

que se levantaba en el aire como una nube; sacudía los brazos, lo mismo que las águilas sacuden las alas, y Lucía vió relumbrar sus ojos como dos brasas.

Todo esto fué un abrir y cerrar de ojos: la sombra pasó; pero Lucía aún seguía viéndola, sin atreverse á respirar ni á moverse.

De pronto se oyó un grito lejano, semejante al aullido de un lobo, y casi al mismo tiempo sonó un tiro.

Lucía cruzó las manos, las apretó contra los labios, y cayó de rodillas delante de la ventana, medio muerta.

V.

El emparrado que se extendía de la Casa-honda al molino del tío Blas, venía á ser para aquella pequeña aldea lo que es la Puerta del Sol para Madrid, porque el molinero, que cortaba un pelo en el aire, había puesto bajo la sombra del emparrado una mesa de pino, sobre la que brillaba un *porrón* de aguardiente capaz de resucitar á un muerto; y los golosos acudían allí como á la miel las moscas, de manera que la *Puerta del Sol* de la cortijada tenía también su café Imperial. No era esto sólo, sino que, además,

los días de fiesta se colgaba el *porrón* de un vástago de la parra, lo mismo que se cuelga el hijo al cuello de su madre; se tendía una manta sobre la mesa, que cojeaba por más señas, y el tío Blas y tres amigotes se pasaban la tarde jugando al *truco*. Alrededor de la mesa se juntaban los aficionados, y se le contaban los pelos al diablo: el café se convertía en casino.

Todo lo que ocurría en dos leguas á la redonda se sabía allí antes que en ninguna parte; y por un quítame allá esas pajas, se le cortaba un sayo al lucero del alba.

Lucía se pasó la noche sin pegar los ojos, teniendo siempre delante el fantasma que vió deslizarse como una araña enorme por la pared del molino. Al clarear el día, aún tenía en los oídos el aullido del lobo y el estampido que sonó al mismo tiempo. Abrió la ventana, y la luz que coloreaba el cielo no ahuyentó las visiones que daban vueltas en su cabeza; al contrario: se las ponía más presentes.

Esperó que acabara de amanecer, y cuando oyó hablar bajo el emparrado del molino, se hizo toda oídos para no perder palabra: con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos más tristes que la noche, parecía una *Dolorosa*.

Los que hablaban debajo del emparrado eran los más madrugadores que iban á sus tareas; y, atraídos por el *porrón* del aguardiente, se habían